

EVOLUCIONARIA REVOLUCIONARIA

~ nuestro abuelo es el demonio con cara de babuino ~



Buenos Aires, Argentina, abril 2010, ©B

1.

La torre de Marianne se alzaba entre otros bloques de cemento y acero que habían sobrevivido a la explosión, y funcionaban ahora como barracas, museo y escuela. Bordeando las calles anchas había casas rectangulares de madera, establos y huertos. La comunidad cultivaba maíz, lino, verduras y frutas. Criaba ganado por la carne, la leche y la lana, además de aves por los huevos. Se bastaba a sí misma en el más primitivo de los niveles y exportaba los excedentes agrícolas para obtener drogas y otros productos medicinales, libros, municiones, repuestos para maquinaria, armas y herramientas. Los sonidos de la infancia de Marianne fueron los gritos de los animales, los crujidos de las carretas, el canto de los gallos y los clarines de los Soldados en el cuartel. En febrero y en marzo, las quejumbrosas gaviotas venían desde el mar y pasaban volando sobre los campos recién arados, pero Marianne nunca había visto el mar.

No le estaba permitido ir más allá de la cerca de alambre que rodeaba la aldea. A veces las ovejas se alejaban brincando por sobre los montículos espinosos de las ruinas abandonadas, y algunas veces los pastores las seguían, aunque a disgusto y bien armados. Los Soldados no se apartaban de las carreteras cuando salían con los camiones cargados de productos, pero, aun así, a veces los Bárbaros atacaban las caravanas y mataban a los Soldados.

—Si no eres una niña buena, los Bárbaros te comerán —decía la niñera de Marianne, una Trabajadora con seis dedos en cada mano, lo que desconcertaba a Marianne, que sólo tenía cinco.

—¿Por qué? —preguntaba Marianne.

—Porque así son los Bárbaros —decía la niñera—.

Envuelven a las niñas en barro, como hacen con los jabalíes, y se las engullen con sal. Les gustan mucho las niñas tiernas.

—Entonces yo les resultaría demasiado dura —respondía Marianne con aire truculento. Pero veía que la mujer creía de veras lo que estaba diciendo y se preguntaba, vagamente, si sería verdad. Pensaba que una visita de los Bárbaros quizá cambiara alguna cosa. Los niños jugaban a Soldados y Bárbaros, apuntando con el dedo amodo de revólver, matándose unos a otros, pero siempre vencían los Soldados. Era la regla del juego.

—Los Soldados son héroes pero los Bárbaros son villanos
—dijo agresivamente el hijo del Profesor de Matemáticas—. Yo
soy un héroe. Te mataré.

Angela Carter

2.

No debería extrañarme de que la música del futuro fuera unísona.
¿O es sólo porque no puedo representarme claramente varias
voces? En todo caso no puedo imaginarme que las grandes
formas antiguas (cuarteto de cuerda, sinfonía, oratorio, etc.)
vayan a poder jugar papel alguno. Si viene algo habrá de ser
—creo— simple, transparente.

En cierto sentido, desnudo.

¿O sólo valdrá eso para una cierta raza, para un tipo de
música?

Ludwig Wittgenstein

3.

Sin embargo, las personas como Rahman todavía se aferraban a
lo que definían como ideales británicos y sostenían que eran los
ideales de una sociedad, su concepción acerca del progreso
humano, lo que indicaba el nivel de su civilización. Se
lamentaban de que, bajo la islamización, se produjera el repudio
de los valores que ellos consideraban como los únicos aspectos
positivos del legado británico al subcontinente. Esta herencia
consistía en la idea de las instituciones seculares basadas en la
razón, y no en las revelaciones o las escrituras, el concepto de
que no existía una solución final a los problemas humanos, y la
noción de que la salud y el vigor de una sociedad estaban ligados
a su capacidad para tolerar y expresar una pluralidad de
opiniones acerca de todos los temas, y que estas opiniones
fueran bien recibidas.

Pero en la Inglaterra de hoy en día, la ubicuidad del racismo y el sufrimiento que padecían los paquistaníes por su culpa era un tema todavía más extraño. Aquellos que habían estado en Inglaterra decían a menudo que se les había insultado, golpeado o molestado en el mismo aeropuerto. Pero también decían que era como si los ingleses malinterpretaran a los paquistaníes porque únicamente veían a los pobres, a los aldeanos, a los ignorantes, a los paquistaníes que no sabían cómo utilizar el baño ni comer con cuchillo y tenedor porque eran pobres. En cambio, si los británicos pudieran verlos a *ellos*, los ricos, los educados, los sofisticados, no se mostrarían tan hostiles. Entonces sabrían que los paquistaníes eran personas civilizadas y no los rechazarían.

El pensamiento implícito era que los pobres, que emigraban a Occidente para escapar de la opresión de los ricos, merecían el racismo con que se los trataba en Gran Bretaña porque, en realidad, eran despreciables. La clase media paquistaní compartía el desdén de los británicos hacia la clase trabajadora emigrante y el campesinado de Pakistán.

Por otra parte, resultaba interesante ver cómo la clase trabajadora británica (y, desde luego, no sólo la clase trabajadora) empleaba el mismo vocabulario despectivo con los paquistaníes —las acusaciones de ignorancia, haraganería, irresponsabilidad, suciedad— que el que usaba su propia clase media con ellos, y eran incapaces de ver las similitudes.

Hanif Kureishi

DATA

FOTO TAPA: B

- 1.** Angela Carter, de *Héroes y villanos* (1969), Barcelona, 1989. Trad. Ana María Valdivieso.
- 2.** Ludwig Wittgenstein, notas del 2.10.1930 en sus *Diarios*, *Movimientos del pensar*, Valencia, 2000. Trad. Isidoro Reguera.
- 3.** Hanif Kureishi, de *El signo del arco iris* (1986), Barcelona, 1991. Trad. Alberto Coscarelli.